MANUEL MERA Y SOLANO

De cuando yo escribía

VERSOS



Precio del ejemplar: UNA peseta.

Soteres, impresor.--REQUENA
1910

MANUEL MERA Y SOLANO

De cuando yo escribía

VERSOS



Precio del ejemplar: UNA peseta.

Soteres, impresor.--REQUENA
1910

A mis amigos de siempre y paisanos, Pedro, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.

EL AUTOR.



EL ORGANILLO

Recorre calles y plazas
El hombre del organillo,
Conduciendo el instrumento
En un carro pequeñito.
¿Quien os pensáis que transporta
Tantos melodiosos trinos,
Tantas notas suspirantes?
Por escarnio del Destino
Lo más antifilarmónico
Del universo: un borrico.

—

Mandolinata, Gran Vía,
Cádiz, tangos infinitos,
Polkas, aires nacionales...
Todo lleva el organillo.
Donde el jumento se pára
Brota luego un torbellino

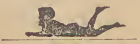
De alegría, que sumerje
Al alma en dulce deliquio.
Algún alma soñadora
Voló, tal vez, al oirlo,
Por las regiones sublimes
Dó mora el arte divino,
Sin reparar en la estampa
Del melancólico asnillo,
Que aguanta aquel aguacero
De notas, con heroismo.

—

Cuando en la verde pradera
Bailotea sin juicio
La juventud bulliciosa
Al compás del organillo,
Y hay en los ojos amores,
Lanzan los labios suspiros,
Y se mezclan con la música
Risas y picantes dichos,
Con las orejas caídas
Piensa el paciente borrico,
En aquel campo, cubierto
De verde musgo tupido,
Y por el hartazgo llora
Su brutal epicurismo.

—

Yo no sé por qué razón,
Cuando encuentro un organillo
Conducido mansamente
Por pacienciudo borrico,
Me acuerdo de D. Quijote
Siempre á Sancho Panza unido;
Del corazón colocado
Junto al estómago activo;
De los poetas que buscan
Sustento, vendiendo libros.



Epigrama... químico

Ni los médicos mâs sabios
hallan modo de explicar
esta epidemia de labios
malos, que sufre el lugar.
Mas, lo que nadie se explica,
bien el droguero lo entiende,
pués, no en vano mixtifica
los afeites que te vende.



Claveles rojos

Usía la marquesa, que no tiene
que envidiar á ninguna en hermosura,
por ser ella, tocante á la figura,
una mujer de ene,
ha dado en maniáticos antojos,
y no sale una vez ahora á la calle
sin vestir luto y adornar su talle
con un ramito de claveles rojos.
Como siempre ha de haber murmuradores,
no falta quien advierta
que, desde que usa tan galanas flores,
ha perdido la dama sus colores:
¡es su pálida tez la de una muerta!
Pues bien: yo sé una historia
de esa mujer, y te seré indiscreto;
pero has de relegar este secreto
al más hondo rincón de tu memoria.
Figúrate un balcón, donde flamean
rojos claveles entre flores varias;

níveas cortinas en su hueco ondean,
y cien aves gorjean
en la fronda de hermosas pasionarias.
Este pensil presúmelo creado
por un anciano, setentón, que adora
en el recuerdo de hijo idolatrado
que ya perdido llora,
á su nieta, preciosa niña rubia,
tan rubia, que su trenza es una lluvia
de oro cernido al despertar la aurora.
Imagínate, enfrente de este nido,
la mansión cuasi regia
de una señora egregia,
á quien visita, á espaldas del marido,
un guapo capitán, que nombre goza
de seductor entre la gente moza.
Mes de Abril; media noche; sin ninguna
nube que empañe el disco de la luna;
y gozando en coloquio clandestino,
la señora y el noble libertino.
Ella en un arrebato caprichoso,
pide al galán, de su pasión en prueba,
un clavel, que ha de ser el más hermoso
que en el balcón vecino
sobre todos eleva
con majestad su cáliz purpurino.

Él, que vé diversión en la aventura,
se desliza á la calle; audaz procura
subir hasta el balcón, que se halla abierto;
mas, de pronto un gemido
y de un arma de fuego el estampido
turban aquella calma de desierto;
y ve un hombre, que acude presuroso,
en el balcón á un viejo tembloroso,
y á un militar, en el arroyo, muerto.
Resumen: cien maligno comentario;
mal parado el honor de una muchacha,
y las mil diligencias de un sumario
que hacen que un viejo, de honradez sin tacha,
vaya á comer el pan del presidiario.
¡Oh! La señora lo sintió sincera;
mas no era cosa de manchar su nombre
por honrar á la nieta de aquel hombre
que cortó en flor sus dichas de ramera.
Y hoy la muchacha rubia,
—tan rubia, que su trenza es una lluvia
de oro cernido al despertar la aurora,—
junto con la orfandad la afrenta llora.
Mas, para ahogar la dama los sonrojos
que levanta en su pecho la conciencia,
viste de negro y usa en penitencia
ese ramito de claveles rojos.



YO, CENSOR

Lola, anoche en la reunión
que dió doña Salomé
cantó usted y, con perdón,
voy á emitir mi opinión
sobre su canto de usté.

—

Alegre juventud llena
en una noche serena
el gran patio de la casa,
que alumbran con luz escasa
tres velones de Lucena.
Música, aromas y flores,
y bellas á centenares;
todo respirando amores;
y, á trechos, como lunares,
mamás, de ojos avizores.
Como Venus de una ola,
surge la figura esbelta
de un arcángel: usted, Lola,

di bianco vestita, y suelta
en plieges cien la amplia cola.
Recoge usted al desgaire
la guitarra, y, con donaire,
sus dedos de nieve y rosas
hacen sollozar el aire
por las cuerdas temblorosas.
¡Que cante!—grita la dueña;
y como el corro se empeña,
usté, complaciente y fina,
modula una malagueña
con su garganta divina.
¿Malagueña? Dije mal:
yo mejor la llamaría
cosa que supiera á sal
con azucar *derretía*
y llanto de hombre formal
que muriendo de querer
algún desengaño toca;
y esto revuelto, á saber,
con palabras de mujer
que de amor se vuelve loca.
Canta usted muy bien, Lolita;
tiene usted la voz bonita
y el estilo es un portento:
para eso del sentimiento

usted se pinta solita.
Dígalo aquel señorón
de mi lado; con el *cante*
se le oprimió el corazón,
y se le rompió un tirante
de pura sofocación.
¡Cuánto aplauso, Vírgen santa!
¡Si aquel patio era un infierno!
Todos:—¡Bravo! ¡Tu garganta!
¡Ni el angelito que canta
á la vera del Eterno!
Pero usted con la ovación
se creció,—perdone usté
lo burdo de la expresión,—
y nos dió usted, por mi fe,
con su canto el gran tostón.
Otra, y van diez. ¡Los guasones,
qué modo de alborotar
con olés y bendiciones!
Y usted,—vuelvo á los perdones,—
¡qué manera de abusar!
Yo sentiré que usted pierda
por mi censura egoista,
en su gran fama de artista;
pero, en tomando usted cuerda,
¡no hay Cristo que la resista!



¡ES TARDE!

Antes que los años
den á mis cabellos
el color que ostentan
los montes excelsos;
antes que en mi mente
muera el sacro fuego
que en el alma engendra
nobles pensamientos;
antes que, robado
su vigor al cuerpo,
de helado egoismo
se blinde mi pecho;
mientras la firmeza
del pulso conservo,
y mi voz nó pierde
frescura en su acento,
ven á verme, amiga;

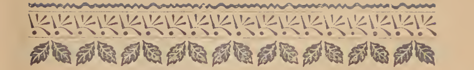
ven, y renovemos
las horas felices,
gloria de otros tiempos.
Ven, que ya dispuesta
la mesa tenemos
en la fresca umbría
de lozano huerto.
Ya en claros cristales
preparados tengo
los vinos que aprecias
como predilectos.
Frutas aromosas,
manjares soberbios
que irán sazonados
com mimos y besos,
tendrás á mi mesa;
ven, pues, y gocemos,
antes que nos robe
las fuerzas el tiempo.
Yo daré al olvido
tus infieles yerros,
tu falaz conducta,
mis rudos tormentos.
Seré el de otras veces...
Mas, ¿podré, de nuevo,
sentir á tu lado

mi antiguo denuedo?
La picante salsa
del amor travieso
son las ilusiones,
y estas ¡ay! ya huyeron.



SIN RESCATE

Mírala, corazón: ésa es la ingrata
que responde á tu afán con su desvío;
ésa, la que te roba el albedrío
y con puñales de odio te maltrata.
¿Que es muy bella? ¡Cuán cierto! No arrebata
con mayor seducción Luzbel impío...,
¡Mírala con desdén, corazón mío;
y acrece la aversión con que te mata!
¿Desdén? ¡no puede ser! Imán de amores
tienen sus ojos, y atracción su boca,
y cadena de encantos su cintura.
¡Cautivo corazón, por más que llores,
tu destino es gemir tras esa roca,
á ella sujeto con argolla dura!



TALION

I

¿Cómo? ¿Que la perdone? Si pudiera
la perdonara yo; pero... ¡no puedo!
Entre mi amor y el suyo se levanta
la sombra de un fatal remordimiento,
que la salud me roba poco á poco,
dándome la apariencia de un espectro.
¡No sabes lo cruel que es esa fiera!
¡A mí me causa repugnancia y miedo!

. . . .

Hallarás bien extraño
que un amor como el mío, tan intenso,
se haya trocado en odio; pues, te juro
que la quiero olvidar... y la aborrezco.
Nos unió la pasión. Ella es hermosa,
como la realidad de árabe sueño;

belleza que subyuga, que arrebata;
de ojos grandes, rasgados y muy negros
y labios donde bulle palpitando
nidada de suspiros y de besos.
Yo entonces estudiaba
la historia de latinos y de helenos,
y creía en amores y heroísmos.
Mi juvenil cerebro
albergaba las formas intangibles
de Leandros y Heros:
era todo varón un Alcibíades;
toda mujer Lucrecia, ó Safo al menos.
Hoy varié de opinión: hallo que el hombre
fué malo en todos tiempos;
miro las aguas del Eurotas sucias,
el arpa eolia sepultada en cieno,
rotos los vasos múrinos y rotas
las ánforas etruscas, y el Falerno
manchando en asqueroso *vomitorium*
las togas de raquíticos mancebos.

II

Pero... voy al asunto. Aquella noche
gozaba en un extremo
del jardín con mi cíprida, la gloria
que se puede gozar en lo terreno.

A favor de las sombras, mi adorada,
aprovechando el sueño
de su padre, buscaba mis caricias.
A mis pies dormitaba Leal, el perro
á quien debí la vida de mi madre...
Pero, roto el silencio
por cercano rumor, ella recela
que somos descubiertos
y á mí se abraza con temblor nervioso
cubriéndome de lágrimas y besos.
¡Figúrate á Leal, que vió un peligro!
Gracias mil á que pude yo cogerlo
é impedir que ladrara, amordazando
al valiente animal con mi pañuelo.
Luchaba el pobrecillo por soltarse;
luchaba yo también por contenerlo,
y ella á mi oído:—¡*Mátale*! decía.
¡Yo la miraba con asombro necio!...
—¡Mátale!—repetía—¡por mi honra!
Y yo, como un idiota, obedeciendo
ál magnetismo de sus negros ojos,
apretaba mis dedos
en la garganta de sedosas lanas...
¡Traición é ingratitud! Al ir muriendo,
clavaba en mí la víctima sus ojos
con un mudo estupor... que aun me da miedo.

Salí después de allí como insensato,
y... ¡lo dicho!... no vuelvo.

III

Ella sé que me espera; mas, te digo
que cuando por la calle me la encuentro,
soberbia en su hermosura soberana,
me asaltan horrorosos pensamientos.
Asir su cabellera de azabache,
y alrededor de su nevado cuello
formar dogal de muerte con las trenzas
que yo cubriera de candentes besos.
¡Arrancar ¡vive Dios! á sus pupilas
la mirada angustiosa de mi perro!



CANTAR

Cántame la copla aquella
donde dices que eres mía,
que tengo tristona el alma
y con eso se me alivia.



POR UN BESO

Saltó nerviosa del crugiente lecho,
Recogióse el cabello como pudo,
Y con el pié desnudo,
Y desnudo también el níveo pecho,
Avanzó cautelosa
A través de las sombras, fugitivas
Ante los rayos de la casta diosa,
Que entraban por las góticas ojivas.
Una mano extendida le servía
Para no tropezar: con la otra mano
En pliegues la camisa recogía
Que, libertada del corsé tirano,
Por los hombros y espalda se escurría.
¡Hombros y espaldas mórbidos, redondos,
Blancos como la espuma de los mares,
Donde se destacaban los lunares
Abultados y blondos.
Así llegó á una puerta

Por cuyos intersticios se filtraba
Una luz medio muerta:
¡Cuál palpitó su corazón entonces!
Y ¡cómo con las mancs se apretaba
Las sienes, dó sentía golpeando
Cien martillos de bronce!
Con cautela mayor, con mayor miedo,
Sin respirar, muy quedo,
La puerta fué empujando,
Y al fin pudo pisar la blanda alfombra
De una estancia, más triste que una huesa,
Donde lánguida luz desde una mesa
Vacilante luchaba con la sombra.
En un lecho de rojos cortinajes
Se encontraba el herido
Desmayado quizás, tal vez dormido,
Y blancos cual los nítidos encajes
Que rodeaban su cuello enflaquecido.
Ella se acercó al lecho: con el alma,
Que por los ojos escapar quería,
Contempló el rostro aquel dó parecía
Reinar la muerte con su eterna calma.
Aquellos labios rojos
Eran cárdenos ahora; aquel aliento,
Débil, casi apagado; las pestañas
De negruras extrañas...

Ay! olvidó la joven un momento
Ese honor maldecido
Al que tienen que ser las niñas fieles,
Y ansiosa se inclinó sobre el herido:
¡Era el grupo de Psiquis y Cupido!
¡Un cuadro celestial digno de Apeles!
¡Diana y Endimión que se ha dormido!
Entre los ecos vagos de la noche
Se oyó un ruído sonoro
Como cascada de oro
Que, al caer, hiere diamantino broche.
¡Qué beso! Fué un derroche
De pasión que escapaba de una boca!
Desespero de amor, y, al par, reproche
De los celos de un alma casi loca.
Después huyó de allí como espantada,
Y á los piés de su lecho arrodillada
Rompió en un llanto amargo
Que vino á terminar en un letargo.
En las ricas imágenes del sueño
Ella se figuraba ser paloma
Que batía sus alas prisionera
Sobre la frente del amado dueño.
Pero sonaba súbito estallido,
Y, cual mueble minado de carcoma,
Con tremendo ruído

Se desquiciaba la celeste esfera.
Confusa gritería
Por el inmenso espacio perseguía,
A la pobre avecilla que asustada
Volvía á Dios el alma atribulada.
Y Dios la maldecía,
Y todo se tornaba negro, triste...
Hasta que, rotas las celestes alas
Que la pureza cándida reviste,
(Pureza que fué siempre su embeleso)
Iba al infierno de las niñas malas
Perdida para el cielo,,. por un beso.



CANTAR

¡Qué gustito columpiarnos
á la par en el columpio!
Tú, suspiras que suspiras,
y yo, sudo que te sudo.



¡AY!

Con las lluvias torrenciales
que han caído en estos días,
completamente arrasada
se ha quedado la campiña.
Corrientes asoladoras
de rojo fango teñidas
que arrastraban en su seno
todo cuanto tuvo vida,
bajaron locas de furia,
y ¡adiós, las cuidadas viñas!
y ¡adiós, los alegres huertos!
y ¡adiós, las níveas casitas!
Todo es luto cuanto miro,
y todo pavor inspira;
en el cieno amontonadas
están las cunas vacías,

los tálamos yacen rotos,
sin nidos las golondrinas.
La casa de mis mayores,
centro de amor y de vida,
también ha venido á tierra
con lastimosa ignominia.
Deshecha está: son sus muros
pedestal de mi desdicha,
y entre sns escombros gimo,
y sollozo entre sus ruínas,
emulando con mis lloros
los lloros de Jeremías.
¡Ay, nido de mis amores!
¡ay, mi hogar, donde vivían
mi padre, con sus consejos,
mi madre, con sus caricias!
¡Ay, árbol que prestó sombra
á mi niñez fugitiva,
y ¡ay, boscages misteriosos,
donde Amor dióme sus dichas!
¿Cómo hallaré lenitivo
para el mal que me asesina?
¿con qué mis heridas curan?
¿quién mis dolores mitiga?
Sólo tú para mí fuiste
bálsamo eterno, ¡oh Poesía!,

dulce recreo del alma,
consuelo de mis fatigas;
y hoy discurres por mi lado
muda, indiferente, esquiva,
pues ves sin calor mi pecho,
sin ilusiones mi vida.



ES INUTIL

¡Bueno, si yo lo sé! Más, aunque quiera
sanar, con el olvido, de mi herida,
la curación me costará la vida,
y prefiero vivir de esta manera.
Oh! ¡tú no sabes bien como la fiera
se complace en ahondar la dolorida
llaga de mi pasión, para en seguida
arrullar mis quejidos, zalamera!
Huir quiero quizás; quizás intento
de una vez sacudir el grave yugo
que me hace ser su esclavo, su juguete...
Más ¡ay de mí! que en el primer momento,
corro á implorar de mi gentil verdugo
que los tornillos del rigor apriete.



DE JUERGA

A solas los dos, Pepilla,
con salud y manzanilla,
tu guapa, yo vigoroso,
vamos á gozar, chiquilla,
lo indecible, y sin reposo.
¡Quiero olvidar! ¿Me has oído?
Quiero olvidar mis pesares,
y quiero hallar este olvido
escuchando los cantares
que en tu garganta hacen nido.
Báilame lo que tu quieras;
tu gusto será mi gusto,
en siendo danzas trianeras,
lúbricas, vivas, ligeras,
que se salgan de lo justo.
¡Oh, qué talle tan garboso!

¡oh, qué brazos tan bonitos!
¡oh, qué arqueo tan gracioso!
¡qué busto tan delicioso,
y qué pies tan chiquititos!
Te voy á sacar en mapa.
¡Olé, por la niña guapa
que tiene cinco *sentíos*
tres hueros y dos vacíos,
y condiciones de lapa!
¡Que viva el zapateado,
y viva quien tan bien mueve
su cuerpecito salá...ado!
¡Jurrio allá! ¡que me has pisado
el callo número nueve!
Pero ¿lloras? ¿Qué te pasa?
¿tienes mal vino, chiquilla,?..,
¿Qué te acuerdas de tu casa
y de tu madre?... ¡Qué guasa!
¡tú quieres más manzanilla!
Si haces ascos, no me pesa;
yo beberé por los dos;
es hoy mi pecho una huesa
y he de alzarme de esta mesa
sin pesares, ¡voto á Briós!
¡Venir con sensiblería
á perturbar mi alegría!

¡Bah! ¡ni al diablo se le ocurre!
Pero es lo cierto, hija mía,
que ya la fiesta me aburre.

Cuéntame, en cambio, tu historia.
¡Vamos, sí!... ¡Tú, sin malicia!...
Un ricachón... ¿la codicia
de tu madre?... ¡*Vejestoria!*
¡Si es muy perra la avaricia!

Las madres, las madres malas,
hunden en el lodazal
al ángel, rompen sus galas,
y, ya podridas sus galas,
lo mandan al hospital.

Y tú, que pudiste ser
una apreciable mujer,
madre de familia honrada,
¿qué eres? mueble de placer,
que sin el placer no es nada.

¡Ay, Pepa! ¡Cuál se preludia
nuestra amistad en un són!
A mí también me repudia
esa sociedad que estudia
poco ó nada el corazón.

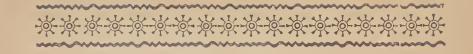
Yo también llevo en el fondo
del pecho una espina, Pepa...
¡Más vino! ¡más! ¡Si es que escondo

mis penas aquí, en lo hondo,
para que nadie las sepa!
Tu madre, al ponerte precio,
te hizo el corazón pedazos:
¡y aún te escupe el mundo necio!
¿el mundo? ¡Yo lo desprecio!
¡Ven, pecadora, á mis brazos!



SONETO

Soñando está la niña que yo adoro.
¿Cómo sabré turbar su arrobamiento,
dando á mi voz, con dulce sentimiento,
inflexiones melódicas que ignoro?
¿Cómo la llamaré?... Voces del coro
que canta junto á Dios, dadme un acento
para llegar á un alma por quien siento
de ternuras sin fin rico tesoro.
¿Cómo la llamaré? Corazoncito,
niña de perlas, matinal lucero,
deliquio del placer, angel bendito,
sol, cifra y clave del amor primero,
cordera, sangre mía, luz... despierta,
que impaciente el Amor llama á tu puerta.



IMPENITENCIA

Hoy recuerda Baltasara,
después de tanto pecar,
las dulzuras del hogar,
que tan niña abandonara.
Hoy vino el remordimiento
con su más agudo harpón,
á herir aquel corazón
refractario al sentimiento.
Día de pesadas horas
en que un calor bochornoso
crispa el sistema nervioso
de las bellas pecadoras.
Con lentísima torpeza
marca el reloj los momentos,
que son siglos de tormentos
y de dolor de cabeza.

¿Adónde fué aquella infancia
de recuerdos tan amenos?
¿aquellos tiempos, tan llenos
de bucólica fragancia?
¿Qué será de aquella gloria
de madre, á quien adoraba?
¿Y la abuela, que contaba
junto al hogar una historia?
¿Y el primer traje de largo...
las amigas... y el cariño
del primer novio... aquel niño?
¡Oh, recuerdo más amargo!
¡Ser buena junto á un esposo
que adivinara sus gustos;
madre de niños robustos;
alma de un hogar dichoso...!
Por felicidad tan pura,
con el corazón trocara
la graciosa Baltasara
su codiciada hermosura.
Entorna los celestiales
ojos, con dulce indolencia,...
y ahora piensa en la licencia,
en impuras bacanales...
en el palpitante beso
que en su cuello alabastrino

estampara un libertino
con voluptuoso embeleso;
 en brocado valiosos,
en diamantes y en encajes,
en lujosos carruajes,
en hombres ricos y hermosos.
 Sonríe con picardía
y dice con displicencia:
—¡Si volviera á mi inocencia...
otra vez lo mismo haría!

CANTARES

No refresques mi memoria
con cosillas que ya fueron;
mira que siento enfriarse
la voluntad que te tengo.

—

Ni cuando me véas muriendo
implores perdón de mí;
que he de morir maldiciendo
la hora que te conocí.

VANITAS

En todo el esplendor de tu hermosura
y en plena juventud, ángel querido,
buscas en la clausura
de un monasterio soledad y olvido.
Tus ojos seductores,
pregoneros del fuego de tu alma;
tus labios tentadores,
para el beso traidor incitadores,
y tu cuerpo, gentil como la palma,
serán robados pronto á la estulticia
de tantos amadores
que en poseerte cifran su codicia.
Con lágrimas y ruegos,
ni aun tus ancianos padres han podido
desterrar de tu pecho empedernido

tus propósitos ciegos.
Dime, puesto que el cláustro ha de hacer suyos
los encantos que robas á los tuyos:
¿Son tristes desengaños
de amores desgraciados los motivos
que en lo mejor de tus floridos años
te hacen huir del trato de los vivos?
Nó: con cien hombres fuiste desdeñosa.
¿Logró en tu corazón el sentimiento
del amor hacia Dios vehemencia tanta
que puedes competir en ardimiento
con Teresa la Santa?
Nó: fuiste siempre tibia religiosa.
¿Quizá...? Pero, ya sé; tiemblas que llegue
de tus hechizos la temprana fuga;
tiemblas ver presto tu hermosura ajada;
y de tu cuerpo, ardiente enamorada,
antes que al tiempo plegue
trazar tan solo la menor arruga
en tu tez adorada,
te ocultas para siempre. De este modo
vivirás en recuerdo tan hermosa,
con esa juventud esplendorosa
donde todo es amor y gracias todo...
Así, á Natura faltas con agravio...
¡... y todo vanidad!—que dijo el Sabio.



POST NUBILA...

Ya pasó la tormenta;
ya de nuevo el sol brilla,
y hay mieles en los labios
y luz en las pupilas.
En sus galas más puras
los cielos se extasían,
las flores son joyeles,
los valles pedrerías...
Oh! ¿quién dirá que somos
los que hace poco huían
buscando en las cavernas
refugio á sus desdichas?
¡Qué espanto nuestras almas!
¡Qué terror, qué agonía.
cuando furiosamente
las aguas descendían,

destruyendo los bosques
en que el placer anida!
Mas ya, nena, olvidados
los sustos y fatigas,
torna Amor por las flechas
que arrojara en su huída.
Y, pues cesó el peligro
y ha vuelto la alegría,
destrozos reparemos
con besos y caricias.



POSTRES

Viendo el diablo que sus artes
me hallaron en guardia siempre,
se ha encarnado en tu persona...
¡y va á conseguir perderme!



REMEDIO

Luchando con un amor
Que me trae á mal traer
Y me inspira una mujer
De mérito superior;
Cansado ya del desvío
De mi adorado tormento,
Consulté mi sentimiento
Con un grande amigo mío
Que en amorosas fatigas
Tiene fama de muy ducho,
Y que ha padecido mucho
Por mujeriles intrigas.
A la venta de la Páva
Llevéle, y, sentados ya,
Le referí de pé á pá

Todo lo que me pasaba.
  Enterado, dijo así
Mi amigo:—Vamos á ver,
¿Tú quieres que esa mujer
Se vuelva loca por tí?
  ¿Tu quieres que esa doncella
Te diga, de amor beoda:
Mi persona es tuya toda,
Haz lo que quieras con ella?
  ¿Que te busque, y de rodillas
Te suplique humildemente
Que arrojes sobre su frente
Mancillas sobre mancillas?
  ¿Quieres una esclava? ¿Quieres
Volver paloma á la fiera?
Pues escucha la manera
De amansar á las mujeres.
  En estos tiempos perversos
Que alcanzas, los corazones
No sienten esas pasiones
Dignas de ponerse en versos.
  Rompió Cupido sus flechas:
Por qué las rompió lo ignoro;
Pero hoy sus flechas son de oro
Y por Mercurio están hechas.
  Prosaismo por doquier;

Domina lo material;
El metal, sólo el metal
Ilusiona á la mujer.
¿Que en Lorenzano hay tal cosa,
Replicas? ¿Que tu adorada
Es muy desinteresada?
¿Que tan solo es orgullosa?
Si ella orgullo, tú esquivez;
Si frialdad, tú indiferencia,
Y verás como, en conciencia,
Se resiente su altivez.
Tengo un remedio seguro
Para un carácter bravío;
Me lo dió un amigo mío
A quien sacó de un apuro
Semejante. Una mujer
Altiva robóle el seso;
Ella rica como un Creso,
Él, pobre á más no poder.
En un dulce procuró
Que llegaran á su mano
Ciertos polvos que un anciano
Para este caso le dió.
Comió ella el dulce después
Delante de él cierto día,
Y toda su altanería

Cayó rodando á sus piés.
  Haz por seguir mi consejo,
Y si logras humillar
En tu vida has de olvidar
La experiencia de este viejo.
  Anoche, por fin, lectores,
Para alivio dc mi tédio
Probé el maldito remedio
En la luz de mis amores.
  Yo estaba allí. Mi morena,
Sin saber quién se lo envía,
Come el dulce que tenía
El remedio de mi pena.
  Y á poco se pone mala;
Se levanta presurosa,
Y antes de llegar, ¡oh, hermosa!
A la puerta de la sala,
  En el silencio se escapa
Luengo, medroso murmullo,
Y cae vencido su orgullo
Por los polvos de jalapa.
  Hoy tengo indicio vehemente
De que estâ seria conmigo;
Pero me dice mi amigo
Que me muestre indiferente,

Y por trama tan sencilla
Serán míos sus quereres;
Que es condición de mujeres
Amar á quien las humilla.



ANTE UNA ESCULTURA DE CRISTO

Ese dulce Jesús crucificado,
que en insensible mármol esculpido
revela en su semblante dolorido
la expresión del martirio sublimado;
Ese dulce Jesús inanimado,
secos los labios, el costado herido,
con sudor, sangre y polvo ennegrecido,
con punzantes espinas coronado;
Ese dulce Jesús, dicen que mira
al hombre de este siglo con tristeza,
y con débil aliento así suspira:
—¡"Oh, mortales, que en ser libres soñáis!..
¡esclavos del orgullo y la torpeza!...
fuera de Mí ¿qué libertad buscáis?"



Al pie de la encina

Vivían en la espléndida campiña
Felipe Luz y Rosalía Abarca;
él un mozo gentil y ella la niña
más bonita de toda la comarca.
Amábanse los dos: bajo la añosa
encina venerable se citaba
la pareja dichosa,
y en tanto que el arroyo murmuraba,
y la fuente gemía,
y el pájaro ensayaba
en el bosque su dulce melodía,
y hozaba en torno un gorrinillo hambriento
buscando algún sustento,
de este modo decía

una tarde Felipe á Rosalía:
—Te amo tanto, bien mío,
que—lo digo de veras,—
si tú por desventura te murieras,
yo me tiraba al río.
Y si un día, traidora me olvidaras,
me mataba también, las cosas claras.
Pídeme un sacrificio
y le haré en tu servicio.
Pídeme florecillas
del prado de allá abajo:
yo sólo por tu amor sufro el trabajo
de ponerme en cuclillas.
Y pídeme así mismo
un nido inaccesible de gorriones,
y por él treparé con heroismo,
sin temor á romper los pantalones.
Pero, permite que en mi amante exceso
ponga en tu boca virginal un beso.
Entonces respondía,
temblando de vergüenza, Rosalía:
—¡Ay! yo también te quiero,
y en merecer tu amor sólo me esmero.
Bésame, lo permito;
pero esa es la nariz, más abajito.
Debajo de la encina *galeotta*

iba á darse la tímida pareja
prueba de amor cual las que oyó la reja
de Capuletto en época remota,
cuando feroz bramido
resonó cerca, y espantoso toro,
con bestial resoplido,
heló el fuego de aquellos corazones:
el ósculo sonoro
descendió, por encanto, á los talones.
—¡Oh piés! ¿para qué os quiero?
—dijo entonces la hermosa;—
y en tanto que el galante caballero
por la encina trepaba,
ella la falda azul se remangaba,
y ponía los piés en polvorosa.

Dice bien el amargo excepticismo:
Ni hay amor, ni hay virtud, ni hay heroismo.





¡ROSAS!

En las verdes orillas
del Betis celebrado,
florecen esas rosas amarillas
con que adorna mi niña su tocado.
Yo, todas las mañanas
cuando el alba despunta, me desvelo,
y venciendo perezas y galbanas,
corro á orillas del Betis, con anhelo,
para cortar las rosas más galanas
Cuando aún están sus hojas temblorosas
salpicadas de trémulo rocío,
voy escogiendo aquellas más hermosas;
y, ¡qué desorden el de tantas rosas
bajando al fondo del sombrero mío!
Con el sombrero lleno y grandes prisas
en busca de mi amada voy corriendo,
y una á una le doy rosas, diciendo
frases que son pagadas con sonrisas.

—¡Toma!,—y al par un beso;—
ésta te la pondrás en tu cintura,
que es todo mi embeleso,
y mira que mi amor va en ella preso,
y enfermo está mi amor de un mal sin cura.
—Éstas,—y beso al canto,—
préndelas en tus trenzas; pero, advierte
que el que te quiere tanto
sufrirá, al verlas realzar tu encanto,
fatiguitas de muerte.
—Y ésta,—la única roja,—
de mi loca pasión es el emblema;
colócala en tu seno; si te quema,
es porque guarda, entre una y otra hoja,
ruegos, quejas, suspiros... ¡un poema!
Así cubro de rosas aquel talle
donde juegan las Gracias, y así envío
ayes que evitan que mi pecho estalle,
y evaporan las gotas de rocío
que trajeron las flores desde el valle.
Mas, ¡ay, mis rosas puras!
¡Cómo ignorar que al día venidero
que sigue á tal escena de venturas,
marchitas y revueltas con basuras,
se las lleva en su carro el basurero!



¿Y si luego resulta que no hay cielo?

(BARTRINA)

Ya sé yo que tu orgullo es tan crecido,
Que por tu orgullo sólo
Despreciaras al mismo dios Cupido,
Que con las formas plásticas de Apolo
Te ofreciera un amor no bendecido.
¡Y haces bien, voto á mil! Una señora,
Nieta ilustre de tanto ilustre abuelo,
Debe parecer hielo,
Aunque en sus venas cunda abrasadora
La lava que conmueve al Mongibelo.
Y aunque sienta bullir en su cabeza
La tentación que hacia el abismo empuja,
Con la atracción fatal de lo prohibido,
Debe ocultar al mundo con firmeza

El ansia eterna de gozar que estruja
Su corazón en desigual latido.
De aquí la hipocondría que te mata
Y nace de una fuente: *el egoismo*
Que tiene por hermano *el fanatismo*
Y *la franqueza* por rival innata.
También sé que en la atmósfera sombría
Que has ido en torno tuyo condensando
Con olores de tumba y sacristía,
Baja un rayo de luz de vez en cuando.
Que á tu alma altanera
Descienden los efluvios tentadores
Del tibio sol que rompe en primavera
El botón de las flores;
Y que sabes soñar charlas de amores
Escuchadas en tiempo ya perdido
Y llenas de incidentes seductores
Que relegar no puedes al olvido.

¿Qué poderosas trabas
Te privaron de goces conyugales?
La pobreza del hombre á quien amabas,
Las convéniencias rígidas sociales.
Y hoy que, borrando locas ilusiones,
Con otras ilusiones aún más locas,
Por tu amado, ya de otra, te dislocas,

Alentando ese amor ¿qué te propones?
Según tu confesor, Dios nos destina
En otra vida la fruición divina
De deseos acá no realizados;
Y haces bien en forjar sueños dorados
Sin contar con la duda de Bartrina.

¡OH!

Con la rodilla izquierda sobre el lecho
y tocando la alfombra el pié derecho,
la sorprendió el relámpago azulado,
dejando en su semblante retratado
todo el pavor que acongojó su pecho.

Yo, que paso las horas vigilante
al pié de la ventana de mi amante,
bendije aquella luz inesperada
que descubrió á mi atónita mirada
sus tornátiles formas un instante.

Otra vez la tiniebla me la roba
y aun la luz del relámpago me arroba:
y en tanto que ella fervorosa reza,
yo pido á Dios descargue en mi cabeza
rayos que alumbren su celeste alcoba.

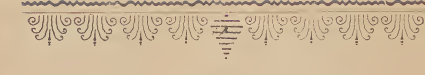


NOSTALGIA

A esta firme playa
me arojó el naufragio,
y besé la arena
cuando me ví salvo.
Tras los angustiosos
peligros pasados,
bonancibles días
para mí brillaron.
Renació la calma;
vientos perfumados
orean mi frente,
y me dan regalo
apacibles bosques
que encuentro al acaso,
Mas ¿la vida es esto?
¿Cual arroyo manso
se pasa la vida

sin gloria, sin algo
que deje del hombre
luminoso rastro.
  A mí, si recuerdo
los tiempos pasados,
me invaden nostalgias
que me dán espanto.
Una voz muy honda
me grita á intervalos:
"¡La calma atrofía!
¡se vive luchando!
¡Si se estanca el agua
se corrompe al cabo!
Y estoy por dar voces,
y salir buscando,
cual los caballeros
en siglos lejanos,
luchas y emociones.
¡Armas y caballo!





¡GENERAL!

¡Bravo, mi General! Asma y reüma
y ciertos alifafes que me callo,
botín de cien victorias, recogido
en las lides de Amor, año tras año,
y la atezada piel más que rugosa,
y el vellón que os blanquea por mostacho,
no os impiden poner los ojos niños
con una terquedad que causa pasmo,
en Lesbia, la muchacha pudibunda
que aun no cumplió los diecinueve Mayos,
en Lesbia, pobre, delicada, hermosa,
que aprisiona su cuerpo, modelado
al gusto de los griegos, en aéreo
cendal, que siendo cual la espuma blanco,
toma, al rozar desnudas morbideces,
el matiz de la rosa nacarado.

Aun la sangre se enciende en vuestras venas
y os doy el parabién; llámense á engaño
aquellos que en el mundo gustan sólo
de mortificaciones y trabajos;
los que ven un castigo en otra vida.
¡Vos nó, mi general! Con seco labio
y crispación de nervios, imploráis
de la hermosa deidad lúbrico halago.
¿Lesbia no cede? La muchacha es lista,
y aunque erigió en su pecho un santuario
al Amor, cual lo pintan los poetas,
y sueña con un mozo fino y guapo,
ella ve que la vida es prosa pura
y que es llave del mundo el oro mágico.
Así finge rubores inocentes
para irritar deseos excitados,
á modo del ladrón que se persigna
antes del robo que inspiró el diablo.
Pero ya os seguirá con sus desdenes
al bosque umbrío do retoza Erato,
y os podréis coronar de mirto y rosas.
Engañando el placer en vuestros brazos,
Lesbia verá cumplida su codicia:
vos, tal vez, General, tengáis, en pago
de una imprudencia, los funestos dones
que reserva Afrodita al viejo sátiro.



UN POETA EXCÉPTICO

Me riñen mis amigos
porque he roto la pluma
con que antes celebraba
pesares y venturas.
Pues ¿para qué la quiero,
si la inconstante Musa,
con tantos desengaños
se me ha quedado muda?
La voz que impele al hombre
con energía suma,
mandándole que cante
sus creencias y sus dudas,
enmudeció en mi alma

desde que ví que es tumba
mi pecho, donde yacen
las ilusiones mustias.
¿Qué ha de cantar ¡ay triste!
la inspiración, si busca
sentimientos, y luego
miserias le resultan?
¿Qué he de cantar? ¿Amores?
Huyeron á sus grutas
los castos cupidillos:
luz eléctrica alumbra
los misteriosos ámbitos
donde Venus se arrulla,
y en vez de tiernas frases
allí sólo se escuchan
los hipos nauseabundos
de meretriz inmunda.
¿Qué he de cantar? ¿la Pátria?
En egoistas luchas
perdiendo va sus bríos:
para la patria augusta
fueran cantos de cisne
mis endechas, y angustias.
¿Canto la Fé cristiana
de nuestros tiempos? ¡Nunca!
Yo veo fanatismos

donde otros la fé pura,
é hipócritas pasiones
que con la fé se escudan.
¡El Patriotismo! ¿Existe?
¿Buscan en la lid ruda
la Gloria nuestros bravos,
ó los ascensos buscan?
¡El Progreso! ¿Los crímenes
de la anarquista chusma,
ó el malestar creciente
que en la atmósfera zumba?
¿La Historia? Pero, amigos,
¿á mí quién me asegura
que tanta heróica hazaña
no sea filfa oculta?

. . . .

. . . .

Cantar excepticismos
mi corazón rehusa;
los amigos perdonen:
bien rota está la pluma.



Al piano

¿La música?.., ¡Mi bién! Siempre he creído
que es de los propios dioses el lenguaje;
pero ¡tengo un oído tan salvaje!...
¡Tú ignoras lo salvaje que es mi oído.

Así, no te sulfures si dormido
me quedo con tu *música—brevaje*:
yo la juzgo, cual cierto personaje,
ruído inmolesto, pero, al cabo, ruído.

¡Ah!, cierra, cierra el músico instrumento
y deja en él estar esa armonía
que á tí te encanta, mas que yo no siento;
y aquí, juntos los dos, gatita mía,
responda á mi pasión tu grato acento;
que en esto si que encuentro melodía.



Contratiempo

El traje verdegay á cuadros blancos
que lucirá esta noche la Condesa
en la *soiree* de la embajada inglesa,
ha costado en París cuatro mil francos.
¡Loores al modisto
que, al hermanar la sencillez y el gusto,
sabrá arrancar mañana, como es justo,
una frase ingeniosa á *Montecristo!*
No pasea en Madrid mujer alguna
más espiritual, más elegante,
que la que copia la azogada luna
del tremó condesil en este instante.
¡Qué ideal, qué gentil. qué vaporosa,
se destaca entre galas su belleza!
¡qué destellos despide la valiosa

diadema con que adorna su cabeza!
Oh! Bien justificada
está la admiración de la taimada
Emily, su doncella favorita,
que al par que la contempla entusiasmada,
frases de grata adulación recita.
—„¡Oh, señora, qué traje!...
¡Oh, señora, las piedras de este broche!...
¡Oh, qué valor, señora, el de este encaje!...
¡Oh, señora, los hombres esta noche!...„
Más ¿quién llama? Es el *groom;* el coche
[espera...
La consulta postrera
al espejo... ¿Qué olvida?... el abanico.
Y cuando ya desciende la escalera
de blanco mármol la elegante dama,
oye una voz de angustias que la llama.
Su hijo el pequeñín, su Lüisico,
entró ya en la agonía: el *crup* infame
se lleva al pobre chico.
¡Fatalidad! La engalanada bella
se deja desnudar por la doncella:
no irá ya á la *soiree,* cuadre ó no cuadre,
y una lágrima tiembla en sus pestañas.
Es despecho. ¡Coqueta sin entrañas,
reniega de ser madre!



¡ADÚLTERA!

Te casaste, Marcela, con Gil Rosas,
á quien no profesabas otro afecto
que el que engendra en mujeres vanidosas
el oro, que hace al hombre más perfecto.
Y despreciaste á Juan, un pobre mozo
que te hacía gemir enamorada,
y que al verte casada,
sintió en su corazón el alborozo
de quien salvo se ve de una celada.
Tú entonces no pudiste
prever que era vivir con quien no quieres
el suplicio más triste
con que atormenta el diablo á las mujeres.

É ignorando de Tántalo la historia,
no vino á tu memoria
el perenne martirio
que aporta presenciar dichas que brinda,
á otra mujer más linda,
el hombre que se adora con delirio.
Hoy, que ya satisfecho
con creces viste tu soberbio orgullo,
arrancar quieres del hastiado pecho
el vil corazón tuyo
que la impotente envidia te ha deshecho.
Hoy destrozan tus dientes con coraje
el valioso encaje
de la rica almohada de tu lecho,
donde no has escuchado ese murmullo
de amantes frases, de misterios llenas,
interrumpido por el dulce beso
que imprimen con extático embeleso
labios de fuego en cutis de azucenas.
Y como quieres ser esposa honrada,
vives á tu martirio condenada,
maldiciendo la estúpida torpeza
que te hizo posponer la dicha ansiada
al mentido oropel de la riqueza.
Mas si piensas que Dios, á quien provocas,
ha de premiar tu conyugal pureza

con el reino del cielo, te equivocas.
  Adúltera ideal, Dios es testigo
de que goza tu mente
con deleites que forjas en tu anhelo,
y has de llevar el infernal castigo
de la mujer de *Hutin,* ó francamente,
no hay justicia en el cielo.



EN EL MUELLE

  ¡Abre paso, niña!
¡abre paso, alma!
que llegan al muelle los pobres soldados
que á la guerra marchan.
  Que á la guerra marchan
tal vez para siempre;
y aquí dejan novias quizás tan queridas
como tú lo eres.



DULCE DESPOTISMO

Para el soberbio que al humilde ofende,
tengo en mi corazón algo de piedra:
si es fuerte y amenaza, no me arredra;
y si insulta, la sangre se me enciende.
Odio feroz me inspira quien pretende
dominar sin razón; odio, quien medra
vejando al infeliz, como la hiedra
que ahoga el tronco por el cual asciende.
Así en estos mis bríos juveniles
batallar suelen, con violencia insana,
las protestas más bravas y cerriles.
Pero te veo á tí, morena mía,
y por ser tú despótica y tirana,
bendigo con placer la tiranía.



Madres sin Hijos

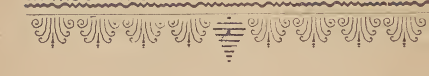
Por árida planicie llena de abrojos,
un tropel de mujeres va caminando,
silenciosas y tristes, bajos los ojos,
el semblante sereno, con pausa andando.
Van descalzas, y visten burdos sayales
y tocas deslumbrantes por su blancura;
y revuelven miserias, llantos y males,
como quien busca perlas en la basura.
Por opuestos caminos, otras mujeres
como locas se agitan, dando á los vientos
gritos en los que invocan queridos séres,
y ora son maldiciones, ora lamentos.
Vuelven de Cuba aquéllas: en la batalla,
dieron cura al herido y al muerto tierra:
las otras... ¡en sus pechos la pena estalla,

porque lloran al hijo, que fué á la guerra!
Mientras aquellas buscan el hogar frío,
llevando á los que sufren la paz del fuerte,
buscan éstas, y encuentran sólo el vacío,
que ha dejado en sus almas pujos de muerte.
Por fin, en el comedio de la llanura,
frente á frente se encuentra uno á otro bando,
y aquéllas miran á éstas con gran dulzura,
y éstas miran á aquéllas, siempre llorando.
Y en tanto que con frases de un mismo cuño
recomiendan las sores calma y consuelo,
las madres verdaderas crispan el puño
con aire de amenaza, mirando al cielo.



EN EL PASEO

Arturo.—¡El coche del duquecito
Ernesto.—Y él guía; ¡soberbio tronco!
Ambos.—¡Adiós, ilustre *Faetonte*!
El Duque.—¡Adiós, insigne fae...tontos!



¡MISERIAS!

¡Mariquilla, Mariquilla!
¡Ah, si te viera tu padre
cruzar con ese desgarro
á media noche la calle!
¡Ah, si tu padre te viera,
Mariquilla de los Angeles,
con arreboles postizos
y miradas fulminantes!
Tu padre, pobre artesano,
con más honradez que nadie,
que en tí puso sus delicias:
¡él te criaba para ángel!
¿Quién te ha dado esos zarcillos,
y ese alfiler de brillantes,
y ese abanico de plumas,
y ese vaporoso traje?
¿De dónde sedas costosas?
¿de dónde ricos encajes,

y zapatitos de raso,
y medias color de carne?
Mal me huele, Mariquilla,
esa estela tan suave
del opoponax más fino,
que va dejando tu talle.
¡Quién me diera, pobre niña!
el verte cual eras antes,
hermosa sin pretensiones,
vistiendo pobres percales,
con el rubor en la frente,
la modestia en el semblante,
picados los finos dedos
por las agujas infames!
Vuelve, vuelve, criatura,
que todavía no es tarde,
á tus trabajos de obrera:
vualve al puerto, frágil nave,
primero que se avergüence
de tal engendro tu padre,
ese artesano muy pobre,
pero honrado como nadie.
—Mi padre consiente, lila.
¡Si quien me manda es mi padre,
porque lo estoy manteniendo
de lo que *pesco* en la calle!



Nirvana

Me siento en él umbral de mi cabaña,
esperando á que pase la fortuna,
y me pongo á soñar, mientras la luna
campos y mares adormidos baña.

¿Cómo habrá de venir? ¿Bajo la extraña
visión de algún azar, ó tras moruna
forma de hada, rica cual ninguna,
de henchido seno que el amor entraña?...

¡Oh, cuerpo mío, en la pereza, inerme!
¡Alma, que en sueños, languideces, yerta!
Mira que á tu alredor no todo duerme,

y hasta en el mar, tan sosegado ahora,
y hasta en la noche, que parece muerta,
la vida, que es *Trabajo,* se elabora.

PRIMAVERA

Luz, aromas; la caída
de una tarde deliciosa,
y una mujer muy hermosa
con elegancia vestida.
Rústico banco de piedra
sirve á la dama de asiento,
junto á un olmo corpulento
y un enrejado de hiedra.
Pura fuente cristalina
salpica el menudo césped
murmurando de algún huésped
cuya visita adivina.
Crujen de pronto cien hojas
que alguien muy cerquita huella:
las mejillas de la bella,
de blancas se vuelven rojas.

Ábrese en la hiedra espesa
un hueco, y salta por él,
un magnífico lebrel
tras una perrita inglesa.
Y ve la dama, en el colmo
del más amable rubor,
cómo se juran amor
dos perros al pié de un olmo.



ALGUACIL ALGUACILADO

Amor con tenaz porfía,
te asestó ayer otra flecha;
pero tampoco hizo brecha,
por errar la puntería.
Rapaz caprichoso, llora
su torpeza, despechado;
pues la flecha ha rebotado
y él es el herido ahora.

¡¡QUIÁ!!

—Carmelita, á tu *paire* se lo llevan,
pus lo han *cogío* los *faiciosos* preso;
en el molino están de los Grajales
y van á *fusilallo;* corre presto.
Y allá va Carmelilla desolada,
por aquel campo de amapolas lleno,
llevando en el semblante desazones,
y ansias de corazón dentro del pecho.
Una patrulla le detiene el paso.
—¡Atrás, pardiez! ¿Qué busca el arrapiezo?
—¡Al *paire* de mi vida¡—¡Buena alhaja!
—¿Tu padre es Joselón? Dale por muerto.
—¡Quiero verle!—No tal—¡Dejadme paso.
—La chica es mazapán, pero del bueno.
—¡Lástima que este sol tenga por padre
tal truhán!—Tal granuja—*¡Cabayeros!*
A los gritos que daba la muchacha
se dibujó en la puera el rostro fiero
del capitán, quien con groseros modos
quiso saber la causa del estruendo.

—¿Quieres la vida de tu padre?—dijo;
¿Qué me das si su vida te concedo?
Y clavó su mirada en la chavala,
que se puso más roja que un pimiento.
—¿Qué me das por su vida?—Lo que usía
quiera más.—¿De tu cuerpo? De mi cuerpo.
—¡Y es muy guapa la chica, zambombazos!
¡No llores más! ¡Levanta esos luceros!

—Yo no quiero caricias de chiquillos,
—continuó después con voz de trueno;—
mira, tu padre es libre si te cortas
ahora mismo la trenza de tu pelo.
¡La trenza de su pelo! ¡Virgen Santa!
Aquella trenza de color bermejo
que ella estimaba más que las talegas
del labrador más rico de su pueblo.
¡La trenza de su pelo, crin rizada
en que enredaba con afán los dedos
Bastianillo, su novio, le pedían
sacrificarse á su filial afecto!
Corta la lucha fué; con un arranque
de vanidad se levantó del suelo...
Perderse puede la honra, si es preciso,
mas ¿quedarse pelona? *¡Vade retro!*



RESURRECCION

Perdidas ya las caras ilusiones,
víctima de tenaz melancolía,
falto de levantados ideales,
adonde dirigir mis energías,
pude ayer contemplar con ojos tristes
negruras en el mar, luto en el cielo,
y sentir, cual ilota degradado,
flaquezas indomables en el pecho.
Llorando la nostalgia de la nada
vivía yo, como en helada estepa
vive sólo, cargado con sus nieves,
árbol maldito con la savia yerta.
Hoy ya todo cambió. Mares y cielos
me mandan sus vivíficos efluvios;
siento en mis sienes palpitar la sangre;
fuerte, animoso, intrépido me juzgo.
¿Que quién hizo el milagro que celebro?
Amor, amor triunfante, amor divino
que me impulsa á cantar como Nabuco:
—*Io non son Re, ma Dío.*

AGONÍA

Aquí se hundió mi fortaleza, donde
fué mi arrogancia escándalo de un día;
y al mirarme infeliz, con cobardía
suplico á Dios, y Dios no me responde.
Vano es el que el seno dolorido sonde
con la oración buscando una energía:
huyó mi fé, la fé que sostenía
mi ya exhausto valor, de mí se esconde.
Con su escarnio la gente me amenaza...:
si corro al templo, el templo me rechaza...
murió mi hogar cuando expiró mi madre...
¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿En qué aposento
de mi cerebro yace aquel acento
con que en mi infancia te llamaba *Padre*?

NÁRTIRES POR AMOR

FANTASÍA

He soñado contigo, vida mía:
te contaré mi ensueño.
Vivíamos tu y yo tres siglos hace;
vivíamos los dos en aquel tiempo
de hogueras, sambenitos y corozas,
frailes y otros excesos,
y vivíamos tal como vivimos
en esta edad: amándonos sin freno.
¡Vivían nuestras almas confundidas
y unidos nuestros cuerpos!
Aquella adoración de los sentidos
al servicio de nobles sentimientos,
fué tachada de vil idolatría,
y el Santo Oficio, que juzgara intenso
más que el amor á Dios nuestro amor fino,
nos condenó á purgar, para escarmiento
de amantes temerarios, culpa tanta
con suplicio de fuego.

Todos los egoistas de la tierra
llevaron su hacecillo de sarmientos
para engrosar así la horrible pira
que había de tostar nuestros dos cuerpos.
En las estrechas calles y en la plaza
se agolpaba la gente para vernos,
á mí, gozoso por llevarte al lado,
y á ti temblando bajo el duro peso
de la vergüenza, que á tu faz sacaba
sus carmines más bellos.
Desnuda, congojosa y sugestiva
cual Friné ante los griegos,
te pusieron al lado de este amante
que, atado con crueldad á duro leño,
renegaba de aquellas ligaduras,
con las penas de Tántalo gimiendo.
Y en tanto que las llamas de la hoguera
estrechaban su cerco,
y los troncos crugían y atronaban
los aullidos del pueblo,
yo rompí mis cordeles y al fin hice
de aquel lecho de brasas, nupcial lecho;
y á ti abrazado, niña, locamente,
bendije tu suplicio y mis tormentos,
cuando volaban nuestras almas libres
¡entre caricias, lágrimas y besos!



Gazmoña

Eres casada, Juana, y te sonrojas
al leve asomo de carnal deseo,
y, cual vírgen castísima, te enojas
si un momento te arrojas
á gozar los placeres de Himeneo.
¡Mogigata! ¿tú piensas que los labios
que besan con fruición un crucifijo,
y los ojos que creen no hacer agravios
al pudor, contemplando con deleite
las formas humanales del Dios Hijo,
no ofenden á ese Dios cuando se niegan
á la satisfacción de un apetito
que por ser natural, es más bendito
que las aberraciones que te ciegan?
Amargando tus goces
con escrúpulos nímios que te asustan,

si riendas das á la pasión abyecta,
piensas que tus acciones no se ajustan
al ideal de la mujer perfecta;
y en tu necia soberbia, desconoces
que es sólo el egoismo
mezclado con gran dosis de cinismo,
la virtud culminante de tu secta.
¿Tú por mujer cristiana pasar quieres?
¡Mujeres como tú no son mujeres!
La menor exigencia
de un esposo entusiasta se te antoja
el pecado, que mancha la conciencia;
una frase atrevida te acongoja,
aunque sea dicha con ardiente acento
en el recinto santo, impenetrable,
del nupcial aposento,
donde te juzgas de impudor culpable...
¡Ay de tí! Refrenando el placer tierno
á que se ha de rendir féudo preciso,
te has creado un infierno
de lo que hacer pudiste un paraiso.



¡PIEDAD!

¡Jesús, dulce Jesús! ¡Oh, qué tormento
pone en tus ojos la angustiada muerte!
¡Cuál en tu rostro lívido se advierte
la huella del horrible sufrimiento!
¡Jesús, dulce Jesús! Ya el movimiento
de tu pecho cesó; ya se convierte
la contracción en rigidez inerte,
helado en tu garganta el ronco aliento.
Yo soy nuevo Longinos que te niega,
y, blandiendo feroz la impía lanza,
demando luz para mi mente ciega.
Tu redentora sangre no me alcanza...
el milagro que espero, jamás llega...
(...¡y se me va acabando la esperanza!)

CORRUPTA

Ya á las ramas del árbol, los amores
no trepan, cual solían, tan gallardo
con su venda y su aljaba;
ni hieren ya sus dardos
al corro juvenil, que entre las flores
á la inocente danza se entregaba:
que hoy llevan los despiertos cupidillos,
ó manos pedigüeñas, ó bolsillos.
Locusta asalta al viajero inerme,
y al brutal sensualismo lo encamina,
guiándole al burdel, donde se aduerme
sobre pingos del vicio, Mesalina.
Perdió el misterio la sagrada selva
cuya atracción mayor era el misterio;
y Venus,—no la impúdica, la casta,

la que en Cítares tuvo santuario,—
en placer solitario
endulza su forzoso cautiverio.
De las brumas del Elba,
de la región á Roma tan nefasta,
no avanzará otra vez el aguerrido
robusto enjambre que la vida lleva.
Está el árbol podrido,
y hoy, ¿de dónde sacar la savia nueva
que vuelva al tronco su vigor perdido?



AYES DEL ALMA

Si por aquí pasara rozagante
con la esbeltez de Hebe,
vistiendo telas caras, elegante,
graciosa, sensual, fina, incitante,
los lábios rojos y la tez de nieve...
¡cobarde corazón! haz por seguirla,
y ten luego valor para pedirla...
aquellos veinte duros que me debe.

Antes y después

Tú encarnas la ilusión que perseguía
mi corazón febril, máscara hermosa;
tú, con tu cuerpo de arrogante diosa;
tú, con tu distinción clásica, fria...
¡Quítate el antifaz!... Mi fantasía
te soñó así: de nacarada rosa
cutis y labios: luz esplendorosa
en los ojos, que ciega, que estravía.
¡Oh, ven acá!... La bestia te desea:
pero te guarda el alma cien secretos
de ternuras, de afanes, en sus bodas.
¡Tremole Amor su misteriosa tea.
velando los rincones más discretos!!!

. . . .

. . . .

¡Véte!.. ¡fuera de aquí!.. Por fin ¡cual todas!

De vuelta

—¡Arrea, Diego! Tus mulas
mal han comido esta noche;
si apenas anda este coche,
que parece un carretón.
¡Dame el látigo!... Mis gritos
tal vez les infundan fuerzas;...
¡Eh, *Serrana*! ¡no te tuerzas!
Voluntario, ¡voto á Briós!

¡Arre, *Calesera*!
¡Más coraje, *Chiva*!
que allá abajito me espera
la mujer que me cautiva.
Diez años hace ya, Diego,
que no visito la tierra
que los recuerdos encierra

de mi feliz juventud;
mira si tendré ya ganas
de ver aquel campanario...
¿Qué sucede, *Voluntario*?
Serrana, ¡por Belcebú!
¡Arre, *Calesera*!
¡más coraje, *Chiva*!
que allá abajito me espera
la mujer que me cautiva.
¡Cuál se ensanchan los pulmones
al aspirar este ambiente!
¡Ay! con el gozo que siente
mi corazón, va á estallar:
Mira, Diego, los trigales
agitados por la brisa...
¡*Voluntario*, más aprisa!
Serrana, ¿vamos allá?
¡Arre, *Calesera!*
¡más coraje, *Chiva!*
que allá abajito me espera
la mujer que me cautiva.
Cada rincón, cada mata,
con un recuerdo me arredra;
mira allí la cruz de piedra,
la fuente en el valle aquel;
allá el castillo arruinado;

más lejos, mi humilde casa...
Voluntario, ¿qué te pasa?
¿Tropiezas?... Por vida de...
¡Arre, *Calesera*!
¡más coraje, *Chiva*!
que allá abajito me espera
la mujer que me cautiva.
Aquellas blancas paredes,
¿no son las del Cementerio?
¡Oh, qué imponente y qué serio
el campo de la Verdad!
Allí el cuerpo de mi madre
halló reducido espacio...
Diego lleva más despacio...
tus mulas: ¡quiero rezar!...
¡Para, *Calesera*!
¡más despacio, *Chiva*!
¡y que espere, si es que espera,
la mujer que me cautiva!



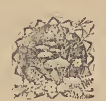
SONETO

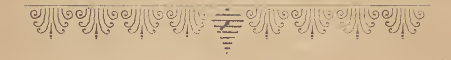
Yo no sé aborrecer. Dios no me ha dado
esa energía que á matar provoca,
y si á veces la ira me sofoca,
por instantes me siento desarmado.
Mi grito de protesta nace ahogado:
mi soberbia con poco se derroca;
el insulto que sube hasta mi boca
sale por ella débil, atenuado.
¿Es cobardía? No.—¿Bondad? Tampoco;
pues, desde que gusté tu amor divino,
—tu amor divino, que me vuelve loco,—
por conservarte á tí fuera asesino,
y si alguno tu amor me disputara,
contra mi pecho ¡vive Dios! le ahogara.

El eterno femenino

Escalando tu reja cauteloso
cierto galán, en horas avanzadas,
fue sorprendido por rival celoso.
En la calle, rumor de cuchilladas
vino á sacarte del revuelto lecho
donde quedara tu pureza mustia;
y al ver á un hombre que cayó mal trecho
junto á tus celosías mal cerradas,
ahogaste un grito de suprema angustia.
No rodaste á la alfombra sin sentido
porque cobarde ¡voto á San! no eres;
como muchas mujeres,
moralmente rodar habrás podido;
mas, tú obras sin ruído,
y sabes dominarte cuando quieres.
Y tras tu sangre fría,

¿quién sospechar podría
máculas en tu honra,
ni que el mancebo que á tus pies moría
se llevaba á la tumba tu deshonra?
Tú lograste quedar ante la gente
cuando más, como frívola inocente,
y en tu propia conciencia,
quizá á solas te mientas inocencia.
Mas ¡ah! Me dicen que en tu fuero interno
te encuentras lisonjeada
porque un hombre murió por defenderte:
y es muy crüel que encarnes el eterno
femènino, juzgando cual nonada,
ante la vanidad, la misma muerte.





SONETO

¡Detente, Juventud! No me abandones
cuando, después de este luchar violento
sangrando el corazón, ¡ay, Dios! lamento
la fuga de mis dulces ilusiones.

Ya que hasta aquí llegué sin otros dones,
con tu dón celestial hoy me contento;
que tú, sola por tí, mi abatimiento
al vigoroso arranque predispones.

Riquezas que anhelé; nimbo de gloria
con que me quise ornar; amistad grata,
y amor que perseguí, confiado y ciego...

Tras de tanto espejismo hallé la escoria.
Tú, Juventud, con el placer que mata,
me ibas quedando... ¡y te me escapas luego!

A JUAN RAMIREZ

Juan Ramírez, cuando vayas
á casa de la Pacheca,
procura, por tus difuntos,
que en el barrio no te vean.
Mira que ya se murmura
que si sales, que si entras,
que si pitos, que si flautas,
que si dacas, que si dejas;
y esto, como tú comprendes,
está una cosa muy fea
en un hombre que se jacta
de religiosas creencias.
Además, eres casado,
tienes hijas, aún doncellas,
y está mal que escandalices
con tu conducta funesta
y hagas del hogar palenque
de conyugales contiendas
dando un ejemplo á las niñas,
que en pormenores se enteran.
Yo comprendo que á un mancebo

que siente arder en sus venas
la sangre de veinte abriles,
se le vaya la cabeza,
y haga á granel las locuras
y á millares las tonteras
por una mujer tan guapa
cual dicen es la Pacheca,
que tiene fuego en los ojos
y sal molida en la lengua.
También comprendo que un hombre
libertino por escuela,
galas haga de conquistas
tan ruidosas como ésa.
Mas tú, que la vida pasas
en conventos y en iglesias,
de vísperas á maitines,
del rosario á la novena;
tú, que enrojeces si escuchas
algún voto de taberna,
y disputas, sosteniendo
de León XIII la pobreza;
tú, que no vas á teatros
por no ver las indecencias
que en esos lugares, centros
de corrupción, representan:
¿has de darla de Tenorio,

con impudez manifiesta,
entrando á la luz del día
en casas de vil ralea?
Ya cuentas en este mundo
inviernos por primaveras,
¿y has de llevar la batuta
en escandalosas juergas,
con mujeres que te limpian
el bolsillo y la vergüenza?
Tú te pierdes, Juan Ramirez,
y para que no te pierdas,
te voy á dar los consejos
que me dicta mi experiencia.
Sigue el camino trillado
que te trazó tu soberbia;
ilusiona, sí, á ese mundo
que se paga de apariencias.
Muchos golpes en el pecho,
y los vicios bajo cuerda,
y á la vejez no abandones
los hábitos de prudencia,
que temo que te conozcan
si te aflojas la careta.



SORPRESA DE OTOÑO

...¡Y por tumba el baul!... ¡Ah, mi ropilla!
¡trajecito de invierno, traje mío!
¿por qué te abandoné todo un estío,
existiendo en el mundo la polilla?

Precoces agujeros, con mancilla
te abrió en los poros mi destino impío,
que zaranda te vuelve cuando el frío
saluda ya con su primer cosquilla.

¡Adiós, por siempre, pantalón cuitado;
y adiós, chaquet, que antaño te arrugaste
á la presión de un brazo torneado!

¡Y adiós, tú, miserable chalequillo,
que en toda tu existencia no lograste
ni un duro de una vez en el bolsillo!

ALGUNAS PALABRAS

SEÑORA CRÍTICA: *Con poquísimo trabajo, encontrará V., en las precedentes composiciones, versos flojos, versos duros, consonantes engañosos, asonancias, ripios, etc., etc.*

SEÑORA CRÍTICA: *No pretendo escalar la cumbre del Parnaso: si colecciono estas poesías, es, principalmente, por darme el gustazo de no morirme sin ver mi nombre impreso en la cubierta de un libro mío; y, después, porque yendo ya para viejo, me place ahora que lleguen á mí estos desahogos de mi juventud. Es como si en la casa vetusta se abriese una ventana para dar paso al aliento de la Primavera.*

Sea V. benévola, señora Crítica, y ayúdeme á agotar la edición del presente librito.

He dicho.

